

EL CABALLERO DE LUTO

Se llamaba Guillermo Ondarza, y se lo consideraba como el hombre más rico de la ciudad.

Los almacenes que poseía eran el lujo de los barrios centrales. En ellos se vendían las joyas más valiosas. Las telas de hermosura sin igual. Los perfumes más finos. Las pieles destinadas a embellecer los cuerpos de las grandes damas. Los objetos suntuarios de mayor encanto.

Pero la red de almacenes, como una gigantesca construcción, se extendía por casi todo el país. En las capitales de varias provincias. En las cabeceras de muchos cantones. Y aún en pueblos de menor jerarquía, existían innumerables bazares que pertenecían a la poderosa "Empresa Ondarza".

Habría sido una labor difícil calcular el monto de una fortuna tan considerable. En lo que a ésta se refería, las opiniones estaban en desacuerdo, porque eran muchos los que señalaban al magnate como dueño de diferentes sumas. Pero todos, los amigos y también los adversarios, coincidían en juzgarlo como a uno de los primeros millonarios del Continente.

Su vida tenía algo de fabuloso. Sólo muy pocas personas alcanzaban la suerte de llegar hasta él. Unicamente los que pertenecían al pequeño círculo de su intimidad, conocían las opiniones suyas acerca de la política, las finanzas y los negocios. Para la gran masa humana que poblabía la ciudad, Guillermo Ondarza era un hombre misterioso. Y daba la impresión de que él se empeñaba en mantener alrededor suyo ese aire de enigma, ese ambiente de sombra, que lo volvía más sugestivo ante la opinión pública.

La historia del personaje se asemejaba a una novela en la cual se insinuara el folletín. Algunos aventureros de la pluma, atraídos por la inmensa riqueza del magnate, quisieron escribir su biografía, con la esperanza de que Guillermo recompensara con generosidad dicho trabajo. Pero tales artesanos de lo literario se vieron penosamente defraudados, porque al gran señor jamás le interesó el que alguien produjera un libro acerca de su vida. Al contrario, parecía que tenía el empeño de que la existencia que había llevado se mantuviera en la penumbra, a fin de que su persona fuera en cierto modo inaccesible.

Sin embargo, alrededor suyo se había tejido lentamente una leyenda. Vivía con un lujo digno de ser comparado al de los antiguos monarcas orientales. No tuvo hijos en su esposa. Entre el marido y la mujer existía una incomprendión que ya duraba muchos años. Tan distanciados se encontraban, que cada uno de ellos llevaba su propia vida.

El poderoso comerciante se consoló de su infiunio conyugal, buscando a la ilusión fuera del hogar. La imaginación popular le atribuía el haber seducido a hermosas mujeres, con la potente ayuda del dinero. Era fama el que trajo de París a una muchacha egipcia de belleza exótica y sin par. Cuando estuvo cansado de ella, la envió a Europa, y la reemplazó con una amante española, nacida en Sevilla, y de cuya feminidad fluía una gracia incomparable.

Pero Guillermo Ondarza era frívolo en el amor. Tenía el constante deseo de cambiar de objeto erótico. Cuando volvió a España la sevillana, vino a sustituirla una linda norteamericana, cuyo encanto fascinó a los hombres que la conocieron. A pesar de lo espléndido de esta dama, después de un tiempo el millonario terminó sus relaciones con ella y fue otra mujer, una ardiente cubana, quien vino a ocupar el trono de la favorita.

Nadie sabía cuantas mujeres pertenecieron a Guillermo. Posiblemente la imaginación popular se encargó de las exageraciones, atribuyendo al magnate un número de amantes mayor al que en realidad tuvo. Pero lo verdadero fue que cada una de las elegidas, mientras estuvo a su lado, gozó de un lujo magnífico. Espléndidas mansiones; abrigos de las pieles más finas; vestidos deslumbrantes, y joyas maravillosas, fueron regaladas por él a cada una de las mujeres que le ofrendaron el tesoro de su cuerpo.

La influencia de Guillermo Ondarza en la política del país era de un peso considerable. Con suma frecuencia los Ministros de Estado acudían a su palacio, para consultarle asuntos de importancia nacional, y solían acatar los consejos que él les daba. Sobre todo en el mundo de las finanzas, el potentado orientaba con su opinión las resoluciones del Gobierno, de tal modo que la vida económica del país estaba en cierta manera a merced suya.

Entre los hombres y mujeres pertenecientes a los altos círculos sociales habían muchos que hacían alarde, —a veces con una insolente insistencia,— de su íntima amistad con el fabuloso millonario. Al oír a ellos, se tenía la impresión de que quien hablaba era la única persona de confianza para Guillermo. En realidad cada uno de los habitantes de la ciudad habría querido ser el preferido por el personaje, porque una amistad como la suya sería el mejor apoyo social, económico y político. Pero la verdad se encontraba muy distante de tales vanidades, porque el potentado era muy esquivo, y en raras ocasiones ofrecía su confianza. En el fondo de la compleja alma suya, estaba seguro de lo difícil que era para él encontrar una estimación sincera, ya que cuantos se acercaban hasta los esplendores de su poderío, lo hacían por un mísero interés. Quizá en lo más hondo de su mundo interior, el magnate sentía la amargura de estar casi solo, más no completamente abandonado en la órbita de lo afectivo, porque cada mujer, así fuera por poco tiempo, le daba unas caricias que le costaban muy caras, y le ofrecía un amor que acaso era ficticio. Pero en medio de su olímpico aislamiento, el poderoso señor tenía un secreto capricho que muy pocos llegaron a conocer, y que se mantuvo en la penumbra: La predilecta estimación, el cariño casi paternal, que sentía por un hombre de humilde posición a quien conoció desde cuando fue adolescente el protegido.

Se llamaba Juan Rosales, y era chofer de profesión. Había quedado huérfano de padre a edad temprana, y la madre, una mujer de excelentes virtudes, pudo lograr que terminara los estudios primarios, merced al intenso trabajo que desarrollaba como lavandera y planchadora de algunas familias que vivían en los barrios más pobres.

Una tarde que ya se encontraba muy distante en el transcurrir del tiempo, iba Guillermo manejando uno de los carros de lujo que poseía. De un modo imprevisto, la má-

quina sufrió un daño. Quiso la suerte que el mínimo accidente se produjera en la zona de la ciudad donde Juan vivía, y que éste presenciara el disgusto del millonario. Gentilmente se acercó hasta el magnate, para ofrecerle sus servicios. El conocimiento que ya tenía del oficio, le permitió arreglar el auto, y cuando Guillermo le preguntó cuál era su honorario, Juan con la actitud digna de un caballero, nada quiso cobrar. Este sencillo acto de generosidad de parte de un hombre desvalido, impresionó al poderoso. Insistió en pagar, pero Juan se mostró inflexible. Lo extraño fue que mientras más desinteresado y altanero se manifestaba el chofer, más simpatía despertaba su actitud en el millonario. Y lo que resolvió de inmediato, le salió del corazón. Propuso al mozo que trabajara para él. Y como si su altivez hubiera sido poco, Juan puso algunos reparos. No aceptó de inmediato la generosa oferta, pero Guillermo, quien estaba acostumbrado a que los demás le obedecieran, reiteró el deseo que sentía de tenerlo a su servicio. Durante algunos instantes, todavía se hizo el chofer de rogar, y sólo tomó el puesto después de que el potentado le ofreció mayores ventajas.

Inmediatamente entró al desempeño de sus obligaciones. Se transformó en el chofer oficial de Guillermo, y lenta pero seguramente llegó a ser el servidor de su confianza.

Mediante la obra del tiempo, Juan fue conociendo las intimidades del magnate. Supo de sus flaquezas y debilidades. Trató de cerca a sus queridas, y no fue raro el caso de que alguna de esas hermosas mujeres, atraída por sus aires de señor, le prodigara atenciones, o se valiera de la influencia suya para obtener una merced del potentado.

Al contrario de los farsantes que alardeaban de su intimidad con Guillermo, y que realmente sólo recibían los desdenes del millonario, Juan jamás hablaba acerca de la ilimitada confianza que le tenía su patrón, y esta reserva era del agrado del gran comerciante, quien le contaba los secretos que le eran más íntimos, aún aquellos que ignoraban sus mujeres. Fue así como el trato cotidiano con un hombre de tanta importancia, permitió que Juan fuera conociendo una parte esencial de la vida que llevaban los poderosos. Tuvo amargura al comprender el hastío que con frecuencia devoraba a Guillermo. Antes de que una amante sospechara que pronto sería despedida, el chofer solía

saber que su jefe ya estaba cansado de ella, y ansioso de buscar una nueva aventura.

Fueron innumerables las noches durante las cuales Juan tuvo que esperar que su patrón saliera de un cabaret de lujo. Y cuando la madrugada derramaba su dulzura sobre la ciudad, fue el abnegado chofer quien tuvo que sufrir la atroz borrachera de su patrón, a quien la embriaguez del whisky seducía de igual modo que la voluptuosidad de los cuerpos femeninos.

En tales circunstancias, para Juan no existía el problema económico. Los colegas de trabajo; los choferes casados y con hijos, que a duras penas se defendían de los zarpa-zos que diariamente les daba la vida, envidiaban a ese aristócrata del volante que era Juan, quien gozaba de holgada situación, y podía divertirse sin que el hacerlo le significara sacrificio alguno. Porque Guillermo, además del sueldo relativamente alto que le había asignado, y que le pagaba por adelantado, solía hacerlo generosas donaciones y buenos obsequios.

Guardadas las debidas proporciones, tenía Juan extrañas semejanzas con el millonario, o quizá lo imitaba de un modo inconsciente. También al chofer le gustaba el alcohol, sólo que solía consumir licores baratos, poniendo especial cuidado en que sus noches de orgía no coincidieran con las del patrón, a fin de encontrarse en condiciones normales para servirle. Siguiendo quizá los consejos del millonario,— quien siempre hablaba mal del matrimonio; daba muestras de una conmovedora piedad hacia los hombres jóvenes que se casaban, y nunca quería ser padrino de una boda para no sentir más tarde remordimientos, —según afirmaba,— Juan se mantenía soltero, no obstante el hecho de que ya se aproximaba a los cuarenta años, y fueron muchas las guapas mozas que se interesaron por él, atraídas tanto por su gallardía cuanto por la ventajosa situación económica de que gozaba.

A semejanza del patrón, a Juan le encantaba cambiar de amantes, escogiendo sus mujeres entre las muchachas de los barrios humildes. Imitando a Guillermo, y también por su modo de reaccionar ante el dinero, solía ser generoso con ellas, y con frecuencia les ofrecía obsequios que las muchachas encontraban "lindos", y que generalmente eran comprados en el mercado negro o en los bazares de pacotillas.

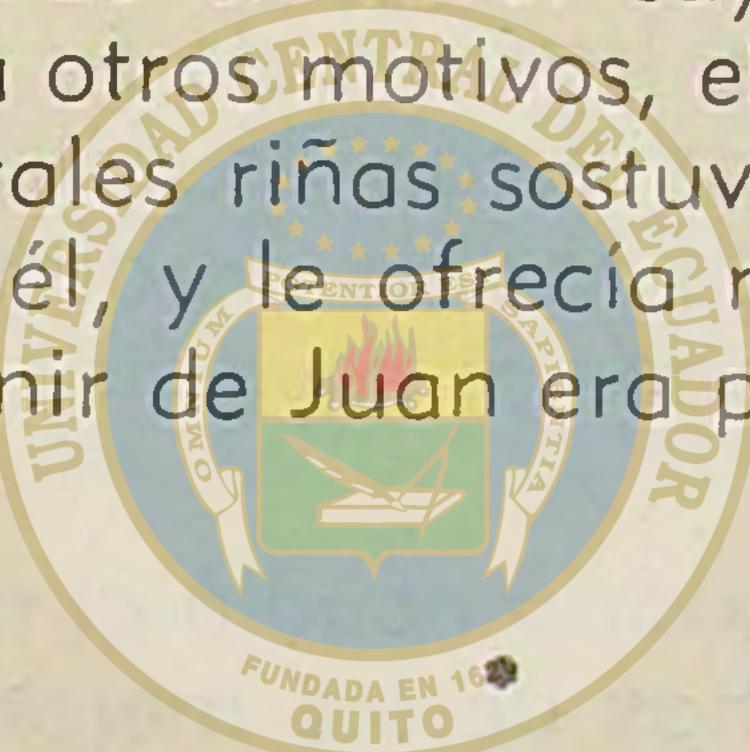
Durante las temporadas que el millonario estaba ausente, porque viajaba por Europa, los Estados Unidos o los países de la América Latina, Juan gozaba de unas deliciosas vacaciones. También abandonaba la ciudad, a fin de pasar semanas de descanso en la costa, en los balnearios de la sierra o en las capitales de provincias. Lejos de la urbe en donde vivía, resultaba un desconocido, y como le era posible gastar dinero, adquiría ínfulas de gran señor, y no faltaron muchachas ingenuas que imaginaron que él pertenecía a los altos círculos sociales de la ciudad que era su residencia.

Cuando resolvía no salir, porque le daba pena dejar sola a su madre tan querida, ya que era él hijo único, Juan usaba el carro predilecto del magnate. Era un auto que llamaba la atención, por ser de un lujo y una belleza extraordinarios. Fue adquirido en los Estados Unidos a un precio muy alto, y las personas exageradas afirmaban que no existía en la ciudad un coche mejor. Al ocupar este automóvil, Juan desobedecía al patrón, y éste era quizá el único caso en el que no acataba sus mandatos. Porque Guillermo quería que el auto de gala fuera únicamente usado por él, y nadie, —ni siquiera sus amantes, y menos aún su desdeñada esposa,— lo exhibiera en ninguna ocasión. Y Juan, cuando el magnate estaba lejos, solía utilizar el "carro sagrado" para sus aventuras con alguna muchacha, y ocasionalmente para paseos a poblaciones cercanas con dos o tres amigos íntimos. A veces sentía profundos remordimientos por estas culpas, porque estaba seguro de que si Guillermo las conociera, de inmediato le retirara su confianza y lo despidiera de un trabajo tan ventajoso, que le sería imposible el encontrar otro semejante.

El lado fatídico de la privilegiada situación suya, se presentaba para Juan cuando oía, con desoladora frecuencia, hablar mal de su patrón. En la ciudad, mucha gente murmuraba que la inmensa fortuna de Guillermo fue hecha a costa de las lágrimas y sufrimientos de los pobres. Que el magnate, a través de su carrera triunfal, había liquidado, en una forma cruel, a muchos pequeños comerciantes, y que por él varias familias cayeron en la más espantosa miseria. Se afirmaba también que Guillermo en su juventud, sedujo a algunas muchachas que a pesar de ser pobres eran decentes, y luego las dejó abandonadas, negándoles más tarde todo auxilio. Finalmente las murmuraciones afirmaban

que la parte mayor de la colossal fortuna fue hecha merced al contrabando, así como al hecho de que Guillermo jamás pagó los impuestos que debía al Fisco, ya que siempre supo sobornar a las autoridades para evadir la cancelación de los créditos pendientes. En tales ocasiones, y con el fanatismo propio de un "leader" político, Juan salía en defensa de su jefe, y no fueron pocas las ocasiones en las cuales el chofer dio y recibió duros golpes por defender el buen nombre de su amo.

El millonario supo a veces de tales riñas, y su corazón de acero que estaba guardado en un cofre de oro, se conmovió ante la lealtad del servidor que tenía. Entonces le fue grato el recompensar generosamente tan noble proceder, y a pesar de que el chofer siempre afirmaba en su presencia que nada hizo en favor suyo, y atribuía los golpes dados y recibidos a otros motivos, el magnate, encontrándose seguro de que tales riñas sostuvo por defenderle, se encariñaba más con él, y le ofrecía mayores ventajas, de tal modo que el porvenir de Juan era progresivamente más brillante.



Pero sucedió lo inesperado.

El infortunio comenzó de un modo leve, y pareció ser un hecho sin importancia. Guillermo sintió náuseas después de las comidas.

Hizo poco caso del malestar. Muy narcisista como lo son todos los millonarios, creía que la potencia de su organismo estaría de acuerdo con el poder de su fortuna. El amor hacia sí mismo, altivamente desarrollado, parecía decirle que él gozaría de una larga existencia.

Después vinieron los dolores de estómago y los vómitos. Los médicos hablaron de úlceras, y sometieron a Guillermo a un severo régimen alimenticio. Pero el magnate, con cierto desdén hacia la ciencia, hizo poco caso de las estrictas indicaciones de los facultativos. La leche, que tanto le recomendaron, diciendo que produciría en su estómago un medio alcalino que resultaría de suma importancia para combatir la hiperacidez; el blanco y complejo alimento lácteo, no era del agrado de Guillermo. Cuando lo tomaba, tenía la impresión de haberse vuelto niño, de ser débil,

y estas reacciones, afectivas bastaban para que sintiera disgusto por su persona, a la que debía juzgar como espléndida y triunfadora.

Se volvió difícil el metabolismo de las carnes y grasas. Guillermo enflaquecía de un modo impresionante.

Obligado por el duro peso de la enfermedad, el potentado fue donde otros facultativos. Le dijeron cosas difíciles de comprender; le recetaron algunos medicamentos, y sobre todo le recomendaron un sumo cuidado en el régimen alimenticio.

El potentado sintió una impresión tremenda cuando vio que sus vómitos y las heces suyas, estaban manchados de sangre. Fue donde otros médicos. Se hicieron pruebas de una extraordinaria pulcritud, que le costaron carísimas, ya que los honorarios que varios doctores señalaron, estuvieron de acuerdo con la leyenda de su colossal fortuna.

Y después de tantas y tan complicadas experiencias, vino lo atroz. Apareció la faz de un demonio terrible, cuyo horrendo poder era superior al suyo.

—¡El cáncer!

En auxilio del millonario acudió el peso abrumador del dinero. Se formaron juntas de los mejores médicos. Sabios eminentes se reunieron alrededor suyo. Los notables facultativos manifestaron una honda preocupación.

—¡El cáncer!

Los clínicos dijeron que era necesario solicitar la ayuda de los cirujanos. La certeza de una próxima operación hizo temblar de miedo al millonario. Recordó los fervores religiosos de su adolescencia, y quiso rogar a Dios que lo ayudara, pero no fue a los templos.

—¡El cáncer!

Algunos médicos le recomendaron que se hiciera operar en los Estados Unidos, y él que tantas veces había ido a la República del Norte, en viajes de placer o de negocios, en esa desesperada ocasión se resistió a abandonar la ciudad, porque tuvo miedo de morir durante la travesía, o de perecer en un país extraño.

—¡El cáncer!

Valiéndose del insolente poderío de la riqueza, hizo venir a la ciudad, con una rapidez casi increíble, a un notable cirujano de Nueva York. Se fijó el día de la operación. Para calmar los agudos dolores había tomado una variedad de los más selectos analgésicos.

—¡El cáncer!

La intervención quirúrgica se realizó. Participaron en ella dos especialistas, bajo las órdenes del eminente cirujano. Guillermo tuvo una lenta convalecencia. La vida pareció retornar, y el maldito demonio encontrarse vencido.

—¡El cáncer!

El magnate volvió a sus ocupaciones, si bien trabajó con menos intensidad. Unicamente le molestaban los dolores que sentía de un modo intermitente como consecuencia de la ostentosa operación. Aún tuvo un período de ardiente optimismo. Creyó que estaba distante la hora de su muerte, y que antes de desaparecer haría cosas de importancia extraordinaria en los negocios y la política. La espantosa enfermedad estaba dominada, y el horrendo fantasma quedó aniquilado.

—¡El cáncer!

El tiempo pasó. Y de un modo insidioso volvieron las náuseas. Los siniestros dolores retornaron desde los nefandos fondos de sus madrigueras. Se volvió progresivamente difícil la alimentación. Otra vez rodearon al potentado los médicos célebres.

—¡El cáncer!

La ciencia prestó a Guillermo todo su apoyo. Pero el poderoso comerciante enflaquecía de un modo impresionante. Sus heces y vómitos tuvieron mayor cantidad de sangre, debido a las hemorragias internas. Ya resultaba difícil que pudiera asimilar los alimentos. Y en medio de sus insolentes millones, el organismo del poderoso era víctima del hambre salvaje y brutal.

—¡El cáncer!

Durante la sombría época de la enfermedad, cuando ya no era posible el que Guillermo gozara de los placeres del amor ni pasara noches de orgía, su alegría predilecta fue la de pasear por las calles y los alrededores de la ciudad en su auto de lujo. Juan manejaba el "carro sagrado", y Guillermo prohibió, con mayor severidad que en épocas anteriores, que cualquier otra persona ocupara el hermoso coche. El chofer fue transformándose en el único hombre de confianza de aquel emperador del oro, cuyo trono estaba próximo a la caída. El cariño de Guillermo para Juan se volvió más intenso. Le hizo un valioso legado, y le consideró como un hijo suyo. También la estimación y la gratitud del chofer para su amo se tornaron conmovedoras. Juan su-

fría hondamente al mirar la progresiva destrucción del ídolo. De aquel personaje que era como su padre, y que estaba devorado por una bestia satánica.

—¡El cáncer!

Para Guillermo ya era casi imposible el alimentarse. Lo que comía vomitaba en una forma horrible. Cada día se asemejaba más a un espectro. Soportaba crueles dolores, y para calmarlos le administraban morfina. El alcaloide le produjo un alivio en medio de su martirio.

—¡El cáncer!

Un médico dijo que en los Estados Unidos ponían estómagos plásticos a los cancerosos, y le aconsejó trasladarse a la potente Unión. Pero con una intensidad mayor que en la ocasión primera, el millonario tuvo miedo de perecer durante el viaje o de morir en tierras extranjeras.

—¡El cáncer!

La mirada de Guillermo se volvió extraña. Sus pupilas tuvieron un vidrioso resplandor, y de ellas brotaron fulgores del Infinito. Cada día que pasaba, era mayor su semejanza con un cadáver. ¡Y el no quería morir! ¡El se aferraba a la vida con desesperación! ¡La existencia le revelaba fascinantes atractivos que nunca conoció, ni fue capaz de sospechar que se desarrollaban alrededor suyo! Pero la tumba iba acercándose de un modo implacable.

—¡El cáncer!

Ya casi era un cadáver. Se había reducido a un guijarro humano. No quería que nadie lo viera, y sólo Juan y su esposa a quien le aproximó el infortunio, gozaban del privilegio de acercarse a su lecho de moribundo. La agonía fue espantosa. El fiel servidor quiso morir con él. La Soberana Diosa de la Eternidad apagó el resplandor de su vida.

—¡El cáncer! ¡El cáncer!



Los funerales constituyeron un acontecimiento extraordinario.

Todos los periódicos publicaron grandes fotografías de Guillermo Ondarza en las primeras páginas, y se escribieron muchos artículos en su honor. Las revistas le dedicaron

necrologías de singular extensión. No faltaron literatos que produjeron elegías en recuerdo del magnate.

El Gobierno Nacional dictó un acuerdo lamentando el prematuro fallecimiento del ilustre personaje, y recomendando su ejemplo a las nuevas generaciones. La mayoría de los almacenes más importantes de la urbe, cerraron sus puertas por un día, en señal de duelo.

A la suntuosa residencia del difunto se envió un inmenso número de ofrendas florales. El salón central, y las salas adjuntas, resultaron estrechas para colocar tantas cruces y coronas. Con el objeto de que sirviera como escenario de las primeras honras fúnebres, la mansión fue arreglada con un derroche que resultó espléndido. Y la viuda, que durante tantos años había permanecido alejada del marido hasta el extremo de que prácticamente vivieron separados, fue la que demostró mayor desconsuelo, y presidió las ceremonias de luto. Cual un irónico contraste, Juan que hasta el último día fue la persona que más cerca permaneció de Guillermo, y a quien el potentado demostró más cariño, estuvo colocado en el último sitio durante la iniciación del duelo, porque se sintió avergonzado y confundido al encontrarse entre tantas personas importantes.

Por resolución del Directorio de la "Sociedad de Industriales y Comerciantes", entidad de la cual Guillermo había sido Presidente por muchos años, la Capilla Ardiente sería hecha en el Salón de Honor de la poderosa Corporación.

Después de velarse el cadáver en la mansión de la familia Ondarza, debía ser trasladado por la mañana a la espléndida Capilla. A las diez comenzaría el desfile. Una parte considerable de la población estaba ansiosa de verlo.

Pasados algunos minutos de la hora indicada, el ataúd fue llevado a la carroza de lujo. Lo transportaron algunos hombres famosos en la ciudad.

Una reacción de hondo contenido afectivo se produjo en Juan. Estuvo sufriendo intensamente durante toda la noche, pero fue silencioso y tímido su dolor. En la mañana, poco antes de la hora indicada para el traslado, sacó el "automóvil sagrado", aquel hermoso carro que sólo fue utilizado por Guillermo y él, y lo colocó en un sitio estratégico, que le permitiría ir a la cabeza del cortejo. Una secreta voz interior le dijo que ése era el mejor homenaje a la memoria de su querido protector, y que si el magnate estuviera vivo, aprobaría su proceder.

Efectivamente, al comenzar el desfile, el primer sitio fue ocupado por el lujoso carro. Nadie se atrevió a detener a Juan, porque todos conocían al auto que fue el vehículo predilecto del millonario, y también estaban enterados de que Guillermo consideró a Juan como su chofer favorito.

Se inició la marcha del inmenso cortejo. Una banda del Ejército la acompañaba, ejecutando marchas fúnebres. El tráfico normal sufrió una seria alteración. A uno y otro lado de las calles se agrupaba la gente, para mirar la impresionante procesión de duelo. Las ventanas y balcones estaban llenos de espectadores.

En un momento en que se detuvo la carroza, sucedió un hecho extraño. Juan vio a un caballero vestido de luto riguroso. Era un hombre alto, esbelto, de cuerpo semejante al de su patrón, pero de rostro que parecía distinto. El desconocido le impresionó por su hermosura varonil.

Con una arrogancia singular, el caballero se aproximó al auto predilecto del difunto. Miró a Juan de un modo fascinante, y sin decir una palabra, le pidió con un majestuoso ademán que abriera la portezuela del vehículo. Casí inconscientemente el chofer obedeció, y el carro fue ocupado por el desconocido.

Vivamente inquieto, Juan trató de recordar si en alguna ocasión había visto a ese caballero. A pesar de sus esfuerzos, no lograba encontrar recuerdo alguno relacionado con él. Sin embargo, en lo profundo de su alma, algo le decía que el hombre de luto no podía ser totalmente desconocido, y que una relación, quizá para siempre olvidada, tenía con él.

Mientras avanzaba el coche de lujo a la cabeza del inmenso desfile de automóviles, Juan iba pasando por una intensa zozobra. La imagen del caballero que iba en los asientos posteriores, le tenía extrañamente obsesionado. En el interior del vehículo, no obstante el espléndido sol de la mañana parecía flotar una ráfaga de bruma y sombra, que no podía ser captada ni comprendida por la razón. Un "algo" existía de misterioso en aquel deslizarse por las calles, y hubo un patético instante en el transcurso del cual vió a los majestuosos edificios como moradas del sepulcro, y miró a la gran masa humana que presenciaba el desfile del fúnebre cortejo, como una caravana de fantasmas. Al manejar el carro, lo hacía cual si fuera un principiante. Tem-

blaba su cuerpo y vacilaban sus manos, sin que acertara a explicar qué era lo que le estaba sucediendo.

En trance, tan singular, el tiempo perdió sus valores para Juan. No podía calcular cuánto duró el desfile. No obstante el corto transcurrir que pasó desde cuando fue iniciado el traslado, tenía la impresión de que quizás habían pasado muchas horas. Jamás le ocurrió un hecho semejante en el ejercicio de su profesión.

Por fin la carroza se detuvo frente a la puerta central del gran edificio de la corporación. Nerviosamente Juan se bajó del carro, para abrir respetuosamente la portezuela al hombre vestido de negro, como solía hacer con Guillermo. Pero cuando miró al interior del carro todo su ser sufrió un estremecimiento.

El caballero había desaparecido.



¿Cómo pudo salir el desconocido? ¿Quién era? ¿Dónde lo vio, y cuándo? Las más raras preguntas torturaban al chofer, y subió con pasos inciertos las lujosas escaleras de la "Sociedad de Industriales y Comerciantes". Le emocionó profundamente la capilla fúnebre, que había sido hecha con un lujo deslumbrante. Aquel espectáculo de gala era en realidad un alarde del poderío que posee la fortuna. Parecía como si el dinero lanzara un reto insolente contra la muerte. Conmovido hasta la desesperación, Juan lloró. No recordaba haber vertido tantas lágrimas desde cuando fue niño. Más para derramar su llanto fue a ocultarse en un ángulo discreto del espléndido salón, porque no quería que la gente mirara su inconsuelo. Sintió que había perdido al hombre que para él fue quizás más que su padre, y una cruel impresión de orfandad le desgarró las entrañas.

Cuando pareció estar ya agotado el llanto se acomodó en un hermoso sillón, y lentamente fue cayendo en una especie de letargo. Como en un estado crepuscular, contempló a Guillermo en una sucesión de imágenes que estuvieron asociadas a inefables recuerdos. Lo miró noble, generoso y gentil, ofreciéndole su ayuda. Y luego lo vio destrozado por la bárbara enfermedad, aniquilado por el dolor y aterrado

ante la muerte. La agonía del magnate fue su propia agonía, y hubo un tremendo instante durante el cual quiso morir.

A las cinco de la tarde se inició el nuevo traslado del cadáver, desde el edificio de la Sociedad hasta el cementerio. Otra vez Juan ocupó el carro predilecto del extinto, y se puso a la cabeza del desfile. Cuando apenas se iniciaba la marcha, volvió el extraño estremecimiento que se produjo en su ser aquella mañana. Vio al caballero de luto, esperando que el auto estuviera al alcance suyo. Un instante después, el desconocido volvió a clavar en él su fascinante mirada, y el chofer, como si fuera un sonámbulo, o cual si se encontrara guiado por una fuerza misteriosa, descendió del auto, abrió la portezuela, y el hombre vestido de negro subió al vehículo. Entonces Juan cayó en un estado de espíritu próximo a la perplejidad. La vida pareció perder sus valores, y miró a la realidad que lo rodeaba como misteriosa y distinta. Condujo de un modo mecánico, mientras la totalidad de su ser se orientaba hacia el estupor.

Con toda intensidad quería Juan volver la cabeza para mirar al caballero de luto, pero era como si una fuerza poderosa, muy superior a su voluntad, le impidiera el hacerlo. Permanecía aterrado y rígido. Un miedo que no sintió jamás, trastornaba todo el equilibrio de su mundo interior.

En un instante de trágico patetismo, Juan creyó estar asistiendo a sus propios funerales, y le pareció que era el cadáver suyo aquel que estaba encerrado en el ataúd.

Siguió dirigiendo el carro en forma inconsciente, mientras sentía que le ahogaba el dolor. Un miedo difuso, sin objeto y sin nombre, lo oprimía entre sus garras.

Finalmente la carroza fúnebre se detuvo frente a la puerta del gran cementerio. Así como lo hizo en la mañana, Juan bajó del carro para abrir la portezuela al desconocido, y tener con él una cortesía semejante a la que tuvo con el que fue su patrón. Pero otra vez el terror hizo estremecer a su cuerpo.

El caballero había desaparecido.

* * * *

El cadáver fue llevado al suntuoso mausoleo que Guillermo había hecho construir en otra época, para los miem-

bros de su familia. El ataúd que guardaba al potentado muerto, fue puesto en el sitio de honor. Una inmensa cantidad de coronas, y otras ofrendas florales de formas distintas, se colocaron a su alrededor.

Y llegó después, lenta y solemne, la sucesión de los discursos. Habló el Presidente de la Asociación de Industriales y Comerciantes. Habló un Concejal. Habló el representante del Gobierno. Habló, a nombre de los periódicos locales, un señor muy erudito y ceremonioso. Y además habló una dama, que por su aspecto y sus años, parecía encontrarse también próxima a la tumba. A nombre de la familia, agradeció las oraciones fúnebres un lejano pariente de Guillermo. A juzgar por sus arrebatos de dolor, se habría creído que él fue la persona que más cariño sintió por el potentado, y permaneció constantemente junto a él, a pesar de que mientras Guillermo estuvo vivo, rara vez lo veía, y siempre habló mal del magnate a espaldas suyas, refiriéndose a los métodos poco escrupulosos que solía usar para que su riqueza fuera progresivamente más considerable.

Y acaso por una de esas sutiles ironías que suelen tener, quizá de común acuerdo, la muerte y la vida, para las dos juntas poner de relieve lo mísero de la existencia humana, frente al cadáver de Guillermo no habló la esposa que le amó durante la efímera época de iniciación de su vida marital. Tampoco hablaron las muchachas a quienes el millonario sedujo en los frescos años de la juventud. Y lo que fue más impresionante, tampoco estuvieron presentes para elogiar su memoria, las hermosas amantes que el potentado trajo de lejanos países, a fin de dar gozo y belleza a su vida.

Finalmente no dio discurso alguno Juan, el hijo adoptivo. El ser humano que mejor conoció al difunto, y que más le quería. Modestamente oculto a la sombra de uno de los árboles magníficos que con su majestad engalanaban el cementerio, estuvo aquel chofer predilecto, y mientras otros hablaban él sufría, pero el llanto que del corazón iba brotando, no llegaba hasta las pupilas. Ese dolor escondido llenaba toda su alma, y parecía arrancarle de la vida.

Cuando la ceremonia terminó, comenzaron las despedidas. La gente importante que se había reunido en la soberana mansión de la muerte, para rendir un homenaje póstumo al que fué el hombre de mayor importancia en la ciudad; la gente de dinero y alta posición que encarnaba al

poderío humano; la gente de influencia y de apellidos notables; esa gente que en la gran lotería del mundo obtuvo los altos premios, fue abandonando el cementerio. Y confundidos con los grandes, estuvieron algunos seres pequeños: Los que habían concurrido al sepelio para tomar las fotografías que serían publicadas en los diarios y revistas. Transcurrido un corto tiempo, el cementerio quedó casi abandonado. Las primeras ráfagas del anochecer envolvían a la ciudad con un manto de bruma.

Hondamente deprimido, Juan abandonó el camposanto. Se dirigió a una taberna cercana, y tomó algunas copas de whisky. Fué luego hacia el lugar en donde estaba el automóvil de lujo, cuidado por un policía. Algunos curiosos miraban aquel espléndido carro, que era como un símbolo de la fortuna. En el momento de embarcarse en el auto, Juan tuvo miedo de que apareciera de nuevo el caballero de luto, y sus manos temblaron sobre el volante. Pero fué avanzando por las calles sin que nada anormal sucediera. En todo su ser la embriaguez y el sufrimiento se combinaron de un modo extraño.

Guardó el carro en el "garaje", y emprendió el camino de su casa. Se detuvo en dos o tres tabernas, para tomar otras copas de whisky. En su intimidad había una vacilación profunda. En algunos instantes el caballero de luto le parecía ser el personaje de una pesadilla, y en otros, más intensos, aquel desconocido tenía más realidad que la propia existencia.

Vivía, Juan, junto con su anciana madre, en una pequeña y pintoresca villa, que compró en otro tiempo, debiendo a la ayuda que le prestó el millonario. A su residencia rodeaba un bonito jardín de corta extensión. Como aquel lugar era escasamente iluminado, durante las noches la villa solía permanecer sumergida en la penumbra.

Cuando Juan abrió la puerta del jardín, la calle se encontraba desierta. Avanzó algunos pasos. Estaba medio borracho, y era vacilante su marcha.

—¡Juan! — exclamó una voz muy leve, que le hizo estremecer.

Levantó la mirada. El caballero de luto estaba inmóvil, fascinante y hermoso, en el sitio menos claro del jardín.

—¿Ya no me conoces, Juan? — preguntó el misterioso personaje, y hubo en su voz un sufrimiento muy profundo.

El chofer sintió pánico. Aquella voz era para él muy familiar. ¡Pertenecía al millonario muerto!

—Sí, soy yo, aquel que tanto te quiso, y que fue como un padre tuyo, —añadió el caballero.— Pero como estoy "en otra existencia", mi rostro es distinto de aquel que conociste.

Quiso Juan hablar, más no pudo. El espanto le privó de la palabra.

—Sobre mí ha caído el infinito dolor,— murmuró con voz patética y sobrehumana el caballero.— Es un sufrimiento sin nombre, que jamás podrías comprender. ¿No sientes piedad de mí?

El terror de Juan se volvió macabro.

—Estoy abandonado en el Infinito. Me espanta el quedarme solo por toda la eternidad, —murmuró el caballero, y fue trágico su acento.— Yo que fui como el padre tuyo, he venido a pedirte que me acompañes.

Quiso Juan dar un alarido, pero el grito atroz no pudo brotar de su garganta.

—Cuando se entra en la "nueva existencia", aquella que es inmensa y profunda, para nada sirven el poder y la fortuna que se conquistaron durante la misera vida terrenal,— añadió el caballero con una voz semejante al llanto desgarrador.— Todo el mal que se hizo en los años terrenales, se transforma en un suplicio sin fin, que el corazón humano jamás podría sentir ni las entrañas fueran capaces de soportar. ¿No quieres estar conmigo en la caída, así como permaneciste junto a mí durante los años triunfales? ¡Juan, tú eres mi última esperanza!

Por fin brotó de la garganta del chofer un grito espantoso.

—¡Acompáñame, Juan!— exclamó desesperado el caballero, y dió algunos pasos para acercarse a él. Hizo el alemán de cogerle con sus manos.

Se abrió una puerta, y se oyeron las palabras de la madre.

—¿Qué sucede!— dijo en voz alta la anciana. Y quizá alcanzó a mirar a Juan, porque preguntó con angustia:— ¿Eres tú, hijo mío?

El chofer cayó al suelo, y se retorció en la tierra de un modo atroz.

*

* * *

Fue llevado a una clínica. Se había roto el equilibrio de su vida intelectual. El lenguaje era disgregado y anárquico. A veces caía en un mutismo impresionante, y durante largas horas permanecía sumergido en un silencio duro y agresivo. En otras ocasiones adoptaba posturas inverosímiles, y tenía el tipo de inmovilidad semejante al de una estatua. Pero lo más extraño era que creía ver espectros en todas partes, y estaba seguro de que eran sus implacables enemigos cuantos hombres se aproximaban a él. Sentía la certeza de que cada varón quería atacarle, o quizás asesinarle. Comenzó a defenderse de los enemigos ilusorios en una forma brutal, y había el gran peligro de que Juan se transformara en un perseguido—perseguidor.

El médico psiquiatra que conoció el "caso" lo diagnosticó como un síndrome esquizomorfo agudo de tipo paranoide, con episodios catatónicos, y cuya causa desencadenante fue un trauma psíquico de violenta intensidad. Juzgó conveniente tratarlo mediante el "shock" insulínico, y practicar una intensa psicoterapia cuando habiendo pasado el período agudo, se presentara la primera remisión.

El día en el que Juan fue trasladado al frenocomio, la madre lloró hasta agotar sus lágrimas. El amante corazón suyo pareció decirle que su hijo único, su hijo idolatrado, había caído en un trágico abismo.